

Se adelantó a la guerra biológica

Los elefantes barritan desde los Alpes... Aníbal es mucho más que la imagen tópica de su gran proeza. Genio de la estrategia, hábil político y uno de los mitos de la antigüedad.

Santiago Posteguillo*

Aníbal no aparece en los libros de Historia sino que emerge de ellos cuando pasas la página y llegas al imperio cartaginés: los elefantes barritan desde los Alpes y parece que van a pasar por encima de uno. Pero el origen del gran Aníbal de leyenda tenemos que buscarlo siempre, y esto suele olvidarse, en Hispania. Fue aquí, en nuestras tierras, donde el cartaginés se forjaría como militar, como líder y como político.

En nuestro territorio es donde Aníbal aprendió el arte de la guerra de manos, nada más y nada menos, que de su padre Amílcar. Y aquí aprendió también que si bien la fuerza militar empleada con destreza es importante, no lo es menos la sagacidad de saber pactar con el enemigo hasta hacerlo tu amigo.

Así Aníbal vengó la muerte de su padre, que había caído luchando contra los nativos de Iberia, pero en lugar de dejarse llevar por un rencor sin sentido, terminó pactando con ellos cuando era posible. Asedió Arse (Sagunto) hasta el final porque no hubo margen para la negociación, pero se casó con Imilce, una joven hermosa princesa ibera cuando lo juzgó oportuno para aliarse con nuestros antepasados.

Con el asedio de Sagunto nos regaló una gran epopeya magistralmente narrada por Blasco Ibáñez en *Sónca, la cortesana*. Con esa mezcla de poder y política Aníbal consiguió conquistar la mayor parte de Iberia en pocos años, algo que sólo repetiría en la Historia su oponente Escipión el Africano, precisamente porque supo emular esta mezcla de fuerza y diálogo con los celtiberos de Hispania.

Luego vino Catón e inició una política única de sangre y fuego que llevó a que Roma a necesitar infinidad de guerras para conquistar lo que Aníbal había conseguido dominar en mucho menos tiempo.

El Aníbal de los elefantes y los Alpes es mucho más: es el artífice de la más espectacular maniobra envolvente de la historia militar que sigue estudiándose en todas las academias militares del mundo. En Cannae, con inferioridad numérica, se las ingenió para rodear a las legiones romanas y asestarles la mayor de las derrotas sufridas por Roma nunca jamás. Incluso forzó que los romanos lucharan contra el viento y el polvo de aquella llanura y los cegó mientras los cartagineses los rodeaban hasta aniquilarlos.

El mismo, decidió perder un ojo antes que debilitar su estrategia militar: cruzando unos pantanos se le infectó un ojo y los médicos le recomendaron abandonar aquella ruta, pero era el camino más corto para sorprender a los romanos en un nuevo combate y Aníbal decidió que su ojo era prescindible. Ganó una nueva batalla. Quedó tuerto. Sus hombres lo admiraron más que nunca. Un líder natural.

En Zama perdió contra Escipión porque el Senado cartaginés no le dio suficientes barcos para traer su caballería desde Italia. En Zama le faltó caballería y Escipión ganó. Vencido, no obstante, no se rindió nunca. Se percató de que los mandatarios del Cartago vencido en lugar de distribuir la carga de los pagos a Roma tras la derrota militar entre ricos y pobres, decidieron que fueran los que menos tenían los que debían pagar todo lo que Roma exigía.

Aníbal se revolvió contra esa injusticia y pronto el pueblo lo eligió como sufete, es decir como gobernante de Cartago. Desde su cargo Aníbal intentó que los poderosos de Cartago pagaran también las deudas de guerra a Roma. El Consejo de Ancianos de Cartago antes de aceptar lo que era justo decidió vender a Aníbal, a su gran héroe, a Roma acusándolo de que planeaba un nuevo ataque.

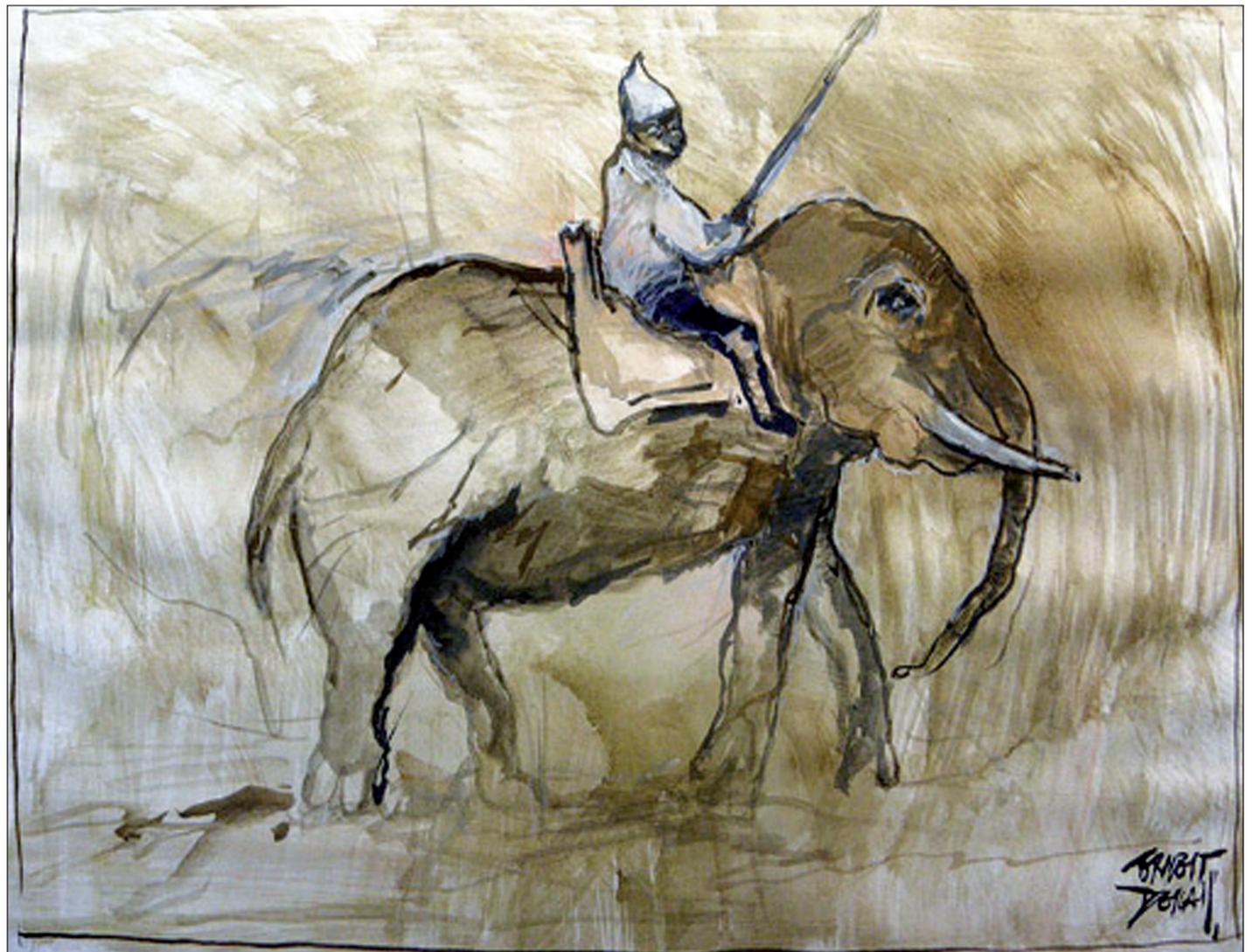
Sólo que Aníbal, siempre atento, intuyó la traición y escapó a Asia donde, como asesor militar del rey Antíoco III de Siria, puso en pie un ejército de 100 000 hombres que aterrorizó de nuevo a Roma y ésta recurrió, una vez más, a los hermanos Escipión para que fueran a derrotarlo antes de que se atreviera a asediar Roma por segunda vez.

En la batalla de Magnesia los Escipiones vencieron, pero porque el rey Antíoco, estúpido y vanidoso, se negó a seguir ninguno de los consejos militares de Aníbal. Nuevamente, el cartaginés tuvo que huir y se refugió en la corte del rey Prusias en Bitinia, a orillas del mar Negro. Parecería que ya no podría regalar-nos ningún momento épico, pero no fue así: el rey de Pérgamo avanzaba por el Egeo con su temida flota para apoderarse de Bitinia. Prusias le dio a Aníbal una flota endeble para defender el reino. Aníbal, consciente de la inferioridad de sus barcos, desarrolló una estrategia sorprendente en la batalla naval que inició la guerra biológica.

Desde los barcos bitinios, en los que había hecho montar catapultas, se lanzaron cántaros llenos de serpientes venenosas hacia las naves de Pérgamo. Los enemigos, al ver romperse las vasijas y observar a las serpientes terribles deslizándose por la cubierta, se arrojaron al mar aterrados. Una nueva victoria. Roma envió al fin a sus legiones para detener al enemigo indómito. Prusias se hizo a un lado. Las cohortes romanas rodearon la residencia de Aníbal. Centenares de legionarios asustados contra un solo hombre sin miedo. Aníbal se envenenó. Nunca regalaría a Roma el placer de cubrirlo de cadenas y pasearlo por las calles de la ciudad del Tíber como un despojo más de guerra. Aníbal fue dueño de su vida y señor de su muerte. #

(*) Santiago Posteguillo es filólogo y novelista. Autor de la trilogía de 'Escipión el Africano'

Fue en Hispania
donde el cartaginés
se forjó como militar,
líder y político



Aníbal ordenó lanzar con catapultas cántaros llenos de serpientes venenosas contra las naves del rey de Pérgamo.